

mente se me ofrecerán? ¿Quién me dará auxilio si soy inconstante? ¿Quién podrá fortalecer mi ánimo el día de la decepción?

¡Oh, Señor, Dios mío! Dadme una tarea menos agradable, pero de más seguro resultado.

¡Menos gloria y más ocasiones de merecer!

¡Menos deseos y más aplicación para realizar desde ahora vuestra adorable y santa voluntad!

CAPÍTULO XII

ÚLTIMOS DÍAS DEL NOVICIADO

Pásanse en el *retiro* los últimos días del noviciado.

Son muy gratos esos benditos días, que predisponen de un modo inmediato para el anhelado día de *la profesión religiosa*.

«Apresuraos, apresuraos, horas lentas con exceso; apresuraos á huir y á dejarme en poder de Jesús—escribía una novicia.

»Vos me queréis, ¡oh Jesús!, pues que me permitís *desposarme con Vos*.

»Y no sólo me lo permitís, sino que habéis llevado vuestra bondad hasta el punto de preguntarme todos los días, durante un año, *si aceptaba yo el enlace*.

»¡Ah, sí, sí; lo deseo!

»Y lo que me hace estremecer de felicidad, felicidad que las palabras de la tierra son inca-

paces de expresar, es el pensamiento de que los votos que voy á pronunciar son *eternos*.

»¡*Eternos* serán los lazos que me unirán á Jesús!

»¡*Eternos* el título de *esposa* que Jesús va á concederme y el título de esposa que yo voy á dar á Jesús!

»¡*Eterna* verdad estas palabras: *yo no me pertenezco, soy toda de Jesús!*»

*
* *

Dejemos al corazón que experimente las más piadosas y dulces sensaciones en la meditación ante el Santísimo Sacramento, y aun durante el desempeño de las más enojosas tareas, y ofrezcamos á la novicia, para que le sirvan de meditación durante los postreros días de su noviciado, reflexiones que la den á conocer bajo aspectos diferentes la vida que va á adoptar.

Esa vida tiene sus *penas* y sus *consuelos*.

I

Penas generales de la vida religiosa.

Desde las primeras páginas de este libro hemos hablado de las ilusiones que se forjan muchas jovencitas acerca de la vida de religión, y de las alegrías muy naturales que se prometen de vivir en comunidad.

Todo un año pasado en el noviciado, á no dudar, modifica un tanto la juvenil imaginación y el corazón, que no experimenta trabajo alguno en obedecer y entregarse; tal vez la influencia diabólica nos ha exagerado la magnitud de los obstáculos que debíamos vencer en lo sucesivo, durante las horas en que la novicia sufría una prueba humillante, impuesta por la superiora, ó en aquellas, más dolorosas tal vez, en que Dios nos dejaba sin fervor, sin animación y sin goce.

Creemos deber nuestro exponer, con toda la exactitud que exige un asunto como éste, la verdad respecto á las *penas en general de la vida religiosa*, y trasladamos la exposición del P. Bourdaloue, tan rigurosamente exacto en sus doctrinas (1).

* *

«Cuando se habla de la dicha del estado religioso, me parece que en ocasiones se vierten ideas excesivamente humanas, y confieso que no escucho de buen grado á los predicadores que nos presentan la vida religiosa como una vida agradable, exenta de toda especie de pesares y ajena á toda clase de cuidados. Diríase, á creerlos, que el religioso no tiene que sufrir, nada que soportar; que nada le falta, que todo le sonríe, y que todo, en fin, sucede con arreglo á sus de-

(1) En nuestro *Libro de las Profesas* trataremos detalladamente de todas las *penas de la vida de religión*.

seos. Si ha dejado una casa, tiene más de ciento abiertas; en cambio del padre y de la madre, de quienes se ha separado, tiene otros tantos en los superiores encargados de guiarle. Todo eso es muy bonito, pero lo malo es que todo ello no es muy verídico.

»Ni qué tendría de meritorio renunciar al mundo, si en eso consistiera hallar lo centuplicado que Jesucristo nos ha prometido, y que debe ser esperado entrando en religión. Además de que habría mucho que descontar de las esperanzas que se hubiesen concebido al abrazar el estado religioso, sería á no dudar muy extraño que se buscara lejos del mundo lo que se ha pretendido huir al salir del mundo, esto es, las ventajas puramente temporales y los goces naturales por entero.»

* *

La gran ventaja de la profesión religiosa es la abnegación cristiana, la mortificación de los sentidos, *la cruz*, y éste es el aspecto bajo el cual debemos verla. Cuanto se aparta de ese punto de vista se aleja de la verdad, y por lo mismo es solamente ilusión. Quiero, pues, que no se dispense nada á una joven que ha formado el propósito de retirarse á la casa de Dios, y que se siente llamada á ella. Quiero que nada se le desfigure por medio de brillantes, pero falsas pinturas; que se le deje ver todas las consecuencias de la elección que ha hecho; que se le presenten los objetos tal cuales

son, y que se le muestren las espinas de que está sembrado el camino por donde entra. Porque ¿qué es la vida religiosa sino un evangelio abreviado, puesto en práctica en la más perfecta de las prácticas? Y ¿qué es el Evangelio sino una ley por la cual renunciamos á nosotros mismos, morimos en nosotros mismos y nos declaramos con nosotros mismos en perpetua guerra?

*
* *

Pero se me dirá que estas ideas pueden desalentar un alma y alejarla; yo sostengo, por el contrario, que así es como puede y debe hallar los motivos más razonados para resolverse y confirmarse en su resolución. ¿Cómo? Porque así es como aprende á estimar el estado religioso en lo que tiene de más estimable, á saber, como un estado de santificación, como un estado de perfección, como un estado de salvación, como un estado en el cual un alma religiosa puede aumentar á diario sus méritos para la eternidad, acumulando sin cesar coronas sobre coronas. Punto capital al que únicamente debe dirigirse y en el que debe consistir toda su felicidad en la tierra. También sobre esto es sobre lo único en que debe insistir el predicador y en lo que tan sólo debe cifrar las prerrogativas excelentes de la profesión religiosa. Sea cual fuere lo restante y sean cuales fueren los colores empleados para embellecerlo y hacerlo resaltar, tan pronto como nos apar-

temos de esta consideración importantísima de la salvación, no vacilaré en decir del estado religioso y de las personas que lo profesen, lo que san Pablo decía en general del cristianismo y de las personas que lo profesan: «*Si la esperanza que abrigamos se contrae á esta vida, nosotros somos los más desdichados de todos los hombres.*»

*
* *

Eso es lo que diría, sin temor á verme desautorizado por ninguno de los que tienen algún conocimiento de la vida religiosa y, sobre todo, por aquellos que tienen alguna experiencia. Mas desde el punto en que se me hable de salvación, en que con la salvación se me alegue, en que se me hable de la vocación religiosa como de una prenda de salvación y de predestinación, en que se me haga conocer una predilección de Dios y una providencia especial respecto á mi salvación, ¡ah! entonces exclamaré con el mismo san Pablo: «*En medio de mis tribulaciones y de las duras pruebas de mi estado, estoy lleno de consuelo y colmado de alegría.*»

*
* *

Añadiré aún con el real Profeta: «*Un día en vuestra casa ¡oh Dios mío! vale más para mí que mil años entre los pecadores del siglo.*» Que

me siento humillado en esta casa de Dios, y que ocupo los últimos lugares; que sufro todas las incomodidades de una angustiosa pobreza; que sufro todo el peso de una obediencia rigurosa; que la naturaleza con todas sus codicias sea combatida, domada, inmolada: me basta con que sea una casa de salvación para hallarla, no sólo soportable, sino agradable y aun estimable. No pido nada más, y á eso limito mis pretensiones todas. Tratar de ese modo de las venturas de la profesión religiosa, es ver lo que hay en el asunto de real y positivo, y es además lo que en todo asunto hay de positivo y real para que un predicador se detenga á considerarlo; de otra suerte dirá frases bellas que resonarán en el aire, pero no en los corazones, convenciendo á las almas.

*
* *

No es necesario responderme que el Evangelio, como todos los Padres de la Iglesia, fundamentando su afirmación en las palabras de Jesucristo, prometen á los religiosos, no sólo el céntuplo en la otra vida, que es la eterna salud, sino también en la vida presente un céntuplo que no puede ser otra cosa que el reposo de que se disfruta y las dulzuras que le acompañan. Cierto es que el Salvador del mundo dará ese doble céntuplo: uno en la vida futura y el otro en la presente, porque ha dicho en los términos más concluyentes: «*Quien abandone por mí su casa, ó sus hermanos, ó sus her-*

manas, ó su padre ó su madre ó sus herencias, recibirá de presente cien veces otro tanto, y en el siglo futuro la vida eterna.» No es menor verdad que el céntuplo de esta vida no puede ser, para un alma religiosa, más que la paz de que disfruta en su estado, y que por sí sola vale cien veces más que todas las herencias y bienes á que ha renunciado, porque así es como los intérpretes entienden el bello pasaje del Evangelio de San Marcos, y cómo interpretan la promesa del Hijo de Dios. Pero ¿qué cosa es esa paz? He aquí un punto esencial acerca del que las jóvenes pueden hallarse en un error del que conviene disuadirlas en vez de halagarlas por medio de aduladores discursos y exageraciones vanas.

*
* *

Quando Jesús dió la paz á sus discípulos, les advirtió á la vez que no era una paz tal como el mundo la concibe ó la desea: «es la mía, no la paz del mundo». Esa paz del mundo, paz falsa y reprobable, paz de la ociosidad, muelle, fundada en los desencantos y comodidades de la vida, sobre todo en cuanto complace á la naturaleza y satisface al amor propio, sino la paz del alma religiosa establecida por principios diametralmente opuestos, sobre el odio á sí mismo, el perpetuo sacrificio de los apetitos sensuales, de las inclinaciones, de las pasiones, de la voluntad.... De tal manera, que el religioso no puede hallarse contento en su retiro,

sino en la proporción en que sepa humillarse, crucificarse, vencerse, hacerse obediente, pobre, paciente, asiduo para el trabajo, exacto en sus deberes, no dispensándose de nada, ni tolerándose nada, ni ahorrándose molestia alguna. Debe costarle mucho todo eso; mas por una especie de milagro, cuanto menos se dispensa más se fatiga, menos se evita, más fuerte se halla y más abundantemente recibe la paz que se esparce en su corazón.

*
* *

¿No vemos por nosotros mismos que en las comunidades más regularizadas, más austeras, es donde se atestigua una mayor satisfacción y se halla más dulce el yugo de Jesucristo y más ligera la carga? Todo contribuye á ese contentamiento y á esa tranquilidad para un alma sinceramente religiosa: la indiferencia en que vive con respecto á las cosas humanas y su desprendimiento para todo lo que represente intereses, que tanta inquietud ocasionan á los mundanos; el completo abandono de su persona en manos de sus superiores, para dejarse llevar con arreglo á sus intenciones; la tranquilidad de conciencia, la esperanza de alcanzar aquella bienaventuranza á que se aspira únicamente, y por aproximarse á la cual trabaja diariamente para adelantar camino con incesantes progresos; sobre todo, la unción interior de la gracia de que está poseída. Porque Dios, fiel á su palabra, tiene mil secretos cami-

nos para ponerse en comunicación con el alma y colmarla de las más puras delicias.

*
* *

Á juzgar por las exterioridades, nada se ve en el plan de vida claustral que sea penoso ó repulsivo: clausura, soledad, silencio, dependencia continuada, sumisión ciega, regla laboriosa, observancia nada cómoda, trabajo asiduo, ejercicios de humildad, abstinencias, ayunos, maceraciones de la carne. Mas en el fondo de todas esas apariencias capaces de poner espanto en el alma de los que no penetran más en lo interno y que no han sido enseñados por ninguna especie de pruebas á conocer los misterios divinos, ¡cuántos ocultos consuelos hay reservados á los que temen al Señor, según el testimonio de san Pablo! ¡Y cuántos más para aquellos que le aman y que le sirven en espíritu y en verdad!

*
* *

De eso proviene, por una maravilla que el hombre terrestre y animal no comprende ni comprenderá jamás, pero que se revela al hombre religioso y espiritual por la experiencia y por el más sensible gusto; de eso proviene, digo, que así como las gentes mundanas, con todas sus riquezas, con todos sus honores, todos sus placeres, están casi siempre descontentas, y quejándose sin cesar de su suerte, el religioso, por su desinterés, por su oscuridad, con

su obediencia, la más rígida, y en medio de las prácticas más mortificantes, no cesa un punto de bendecir su condición y de caminar apaciblemente por el sendero de la vida de religión. La paz que disfruta es la paz de Dios, y el Apóstol que por sí mismo lo ha experimentado nos asegura que la paz de Dios es superior á todo linaje de sentimientos y que nada en este mundo puede igualarla. Véase de nuevo cuáles motivos me impulsan para querer que se les haga ver á las personas que viven en religión la felicidad de su estado. Insisto en ello, pues servirá para excitar su celo, su vigilancia, su fervor, haciendo que deduzcan que sólo pueden ser felices por ese camino, y que además por él lo serán constantemente y por completo.

II

Consuelos de la vida religiosa.

Más fácil nos será hablar de los *consuelos de la vida religiosa*. Podríamos decir algo de lo que tenemos que decir reproduciendo algunas páginas escritas por religiosas que hablan de su dicha; pero acaso esas páginas, que en los momentos actuales os estremecerían de gozo y llenarían nuestros ojos de dulces lágrimas, no hallarían eco en vuestra alma en la hora en que la gracia sensible hubiera desaparecido, y entonces acusaríais á sus autoras de haberlas escrito dejándose llevar de su exaltada imaginación.

Dejemos hablar á los santos; sus palabras

son más reposadas y ofrecen un atemperante para todas las diferentes situaciones del alma. Nadie pinta mejor que san Bernardo los consuelos del estado de religión. El doctor devotísimo de la Virgen se expresa en estos términos:

En el estado religioso, el alma
Vive con mayor pureza,
Cae más difícilmente,
Se levanta más presto,
Marcha con más precaución,
Está colmada de mayor número de gracias,
Disfruta de mayor paz,
Muere con más confianza,
Abrevia su purgatorio,
Gana una corona mejor.

Examinemos una por una esas consoladoras frases, y tratemos de descubrir los ricos tesoros que encierra cada una de ellas.

*
*
*

*El alma religiosa vive con mayor pureza
y merecimientos.*

Porque todo cuanto hace lo ejecuta bajo la vista de Dios, en unión con Dios y para ser ofrecido á Dios; sierva de Dios, á El es á quien obedece.

Unida con Dios por los votos *de castidad, de pobreza y de obediencia*, sin poder apartarse de El, trabaja, reza, se recrea ó descansa.

Y no hay en su vida un solo momento, ni un acto solo, que no sea dispuesto por Dios y

que no deba ella ofrecerlo á Dios. Ella lo sabe, y este pensamiento que la sostiene en sus trabajos y en sus penas, la obliga á obrar con una pureza de intención y una pureza de amor que dan á todos sus actos incalculables méritos.

Añadid á éstos los que se adquieren por *los votos*, y ved ¡cuántas riquezas acumula y cuánta gloria tributa á Dios! ¡Qué bellas y meritorias son las más sencillas acciones de una religiosa! —exclamaba un autor piadoso.— ¡La diadema ó el cetro de una princesa no valen nada en comparación de la escoba de una religiosa que en cumplimiento de su regla maneja ese utensilio de los criados!

*
* * *

El alma religiosa cae más difícilmente.

Porque las paredes que la separan del mundo; la regla que ocupa todos los instantes del día y de la noche; las miradas de sus superiores, que afectuosas la siguen; el recuerdo de Dios, que no se aparta de ella fácilmente; las ocupaciones casi continuas que absorben todo su tiempo..... alejan á su alma de toda ocasión de pecado.

¡Feliz precisión que la obliga á vivir religiosa y modestamente!

¡Dichosa contrariedad la que tiene el cuerpo sujeto al trabajo, la inteligencia siempre absorta, la voluntad constantemente excitada para encaminarse á Dios!

«¡Oh, muros, paredes, queridísimas!—excla-

maba santa Magdalena de Pazzis.—¿De cuántos peligros me preserváis?»

*
* * *

El alma religiosa se levanta más pronto.

Porque al caer se halla rodeada de los recursos más afectuosos, eficaces y poderosos.

El rezo, la confesión, los consejos, las lecturas piadosas, los buenos ejemplos, las santas inspiraciones, los remordimientos de conciencia, están siempre con ella para apresurarla, exhortarla, ayudarla, consolarla, enaltecerla, fortificarla y perdonarla.

Es menester que una religiosa sea muy mala para que permanezca alejada de Dios todo un día. Constantemente puede levantarse, si hubiera caído en tentación, por la *oración* ó por un acto de *caridad* ó de *obediencia* que la predisponga á una buena confesión.

A todas horas, todos los días cuando menos, puede hallar el socorro necesario en su superiora pidiéndole un consejo, una regla, un auxilio.

Además, ¿no recibe continuamente las gracias que atraen á la comunidad las santas almas que la constituyen?

«Cuando un religioso llega á caer—dice un Padre de la Iglesia,—Dios acude tendiéndole los brazos para que se levante.»

*
* * *

El alma religiosa se conduce con mayor precaución.

Porque comprende mejor sus deberes, comprende mejor su debilidad, aprecia con más exactitud la hermosura de su inocencia, de toda la solemnidad de sus *votos*, se penetra ante todo del pesar que causaría á Jesús con la más ligera falta voluntaria.

Por eso vela con cuidado, mas sin fatiga, sin sin contrariedad, sin escrúpulo, vigilando sus miradas, sus pensamientos y sus palabras. También se encomienda con frecuencia al Angel de la Guarda, en cuya compañía vive feliz..... Por eso cuida de practicar asiduamente el examen matinal de *precaución* que le permite evitar las ocasiones del pecado y la hace más vigilante.

*
*
*

El alma religiosa recibe mayor número de gracias.

Porque vive, casi por necesidad, más *unida* á Dios. Dios es el *foco* de donde se destacan sin cesar gracias innumerables; todas las criaturas tienen, á no dudar, participación en esas gracias; pero las que viven *junto al foco*, ¿no recibirían una porción más abundante?

Y la religiosa habita una casa que pertenece á Dios. Vive, descansa bajo el mismo techo que Jesucristo, síguele de cerca, acude cuoti-

dianamente á la santa Misa. Varias veces al día se presenta ante el Tabernáculo donde mora Jesucristo. Varias veces se pone en oración, invocando, dando gracias, pidiendo. Su mismo trabajo no la aparta del Señor, porque se hace cumpliendo las órdenes de Dios, bajo las miradas de Dios..... ¿Cómo no ha de verse llena de gracias que la santifiquen?

*
*
*

El alma religiosa goza de mayor paz.

¿Qué podría perturbar á la religiosa? ¿No está con Dios, y no es, sobre todo, de Dios? Las enfermedades podrán quitarla la salud del cuerpo; las calumnias podrán privarla de la estimación que disfrutaba; los padecimientos podrán dejarla por completo inválida; el demonio podrá poblar su imaginación de horrendas fantasmas, de miedos, de aprensiones; sus superiores y sus compañeras podrán, por permisión divina, no ver en ella más que un *estorbo*..... Si es fiel en el cumplimiento de sus deberes, con arreglo á sus fuerzas, su alma, y por tanto su voluntad, pertenecen á Dios, aun cuando le pareciese que su corazón no le pertenecía; entonces podría pensar siempre: *¡Soy de Dios, y Dios no me abandonará jamás!*

Y con tal pensamiento, ¿no reinará siempre *la paz* en el fondo de su alma?

*
*
*

El alma religiosa llega á la muerte más confiada.

Morir santamente....., eso es, en resumidas cuentas, lo más importante..... Luego puede inscribirse en el pórtico de toda casa de religión el letrero que se lee en la puerta de la Trapa: *¡Si á veces es penoso el vivir, es siempre muy dulce morir aquí!*

Si; es dulce morir en una casa de religión, porque en ella se ha vivido con mayor santidad que en el mundo; se ha hecho abdicación más frecuente de los deseos; se ha sufrido con mayor paciencia; se ha amado con más ardor; se ha trabajado con más asiduidad, y, principalmente, se ha confesado y comulgado con mayor piedad.

«¿Cómo no he de morir contento?—decía un religioso, agonizando con la sonrisa en los labios.—El Señor ha prometido el Cielo á quien todo lo deje por El; yo lo he abandonado todo por su amor, luego Dios va á cumplirme su promesa.»

También ha sido un religioso el que pronunció las siguientes palabras, que toda religiosa moribunda, si ha sido devota y observante, podrá repetir á su vez: *¡No creí que fuera tan dulce morir!*

*
**

El alma religiosa abrevia su purgatorio.

Porque desde luego, por la profesión, conforme á la enseñanza de los teólogos, la reli-

giosa obtiene la remisión de la pena temporal de todos los pecados cometidos en el mundo; de suerte que en aquel día, si está bien dispuesta, y el día de la profesión lo está de fijo, recibe una gracia de perdón tal, que si muriese en aquel punto le abriría las puertas de la gloria.

Además, los pecados veniales cometidos después de la profesión se expían suavemente por las oraciones, las mortificaciones, las comuniones, los trabajos diarios, por las numerosas indulgencias que llevan consigo casi todos los ejercicios que practica con la comunidad, y, en fin, porque después de la muerte de toda religiosa se reza por todas sus hermanas un grandioso número de oraciones, celebrándose también muchas misas por el descanso del alma de la difunta.

*
**

El alma religiosa gana una corona más hermosa.

Porque el esplendor de la corona del cielo es proporcional al amor que el alma ha sentido por Dios y á los sacrificios que ha hecho por él.

Así, pues: ¿quién ha amado más á Dios que una religiosa? Ha renunciado por El á todo cuanto amaba: á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas; á todo cuanto podía esperar de alegrías humanas, de bienestar material, de gloria y de satisfacciones.

Le ha entregado su cuerpo y su corazón con

el voto de castidad; sus bienes, su tiempo y su habilidad con el voto de pobreza; todo su ser con el voto de obediencia.

¡Ah!, dice san Alfonso Ligorio, si las mundanas viesan la recompensa reservada para las religiosas, abandonarían sus casas y aun descenderían de los tronos para ir como ellas á encerrarse tras de las tapias de un convento y consagrarse á Dios.

*
**

Después de estas reflexiones, que os aconsejamos releer y meditar, poneos de rodillas y recitad la siguiente oración:

¡Oh Jesús! Redentor y Dios mío: pues habéis dejado en el siglo tal número de personas inocentes, ¿cómo es posible que hayáis querido concederme á mí, pobre pecadora, el favor de ser esposa vuestra y abrirme las puertas de esta bendita casa, que es también vuestra?

¡Oh Dios mío! Puesto que queréis otorgarme un tan grande favor, haced que sepa apreciarlo á fin de que sea agradecida y de que corresponda con mi amor al amor de que Vos me dais pruebas.

Si me preferís á tantas, ¿no es justo que os prefiera á todo el mundo?

Si me hacéis partícipe de vuestras más íntimas gracias, admitiéndome en el seno de vuestra familia, ¿no es justo que os dé todo cuanto soy y todo lo que tengo?

Sí, Jesús; os doy toda clase de poder sobre

mí. Tomad mis sentidos, mis miembros, mi corazón, mi voluntad, y no me dejéis ser dueña de nada mío.

Sí, Jesús; en esta hora, bendita para siempre, en la cual me será permitido pronunciar mis votos, yo no deseo tener otra intención que la vuestra, otros deseos que los vuestros, otra voluntad que la vuestra santa, y siempre adorada voluntad.

Y si la emoción de mi corazón no me dejara la suficiente voluntad para pronunciar bien la fórmula de los votos, que son objeto de mis deseos todos, protesto desde ahora de todo cuanto pudiera aminorar la eficacia de las palabras que dijera.

¡Oh María, oh Madre mía! Vos que me habéis conducido aquí, Vos que me habéis ayudado á realizar los sacrificios que durante largo tiempo juzgué superiores á mis fuerzas, gracias por vuestro auxilio.

Muy pronto seré esposa de Jesús; entonces, más aún que ahora, seréis mi madre. ¡Oh María, María, guardadme, protegedme, ayudadme, amadme! Así sea.

*
**

Y como resumen de este librito leed lentamente

EL SÍMBOLO DEL RELIGIOSO

Creo que la vocación para la vida religiosa

es una de las mayores gracias que Dios puede conceder á un alma.

*
**

Creo que la *salvación* es en la vida religiosa más fácil y más segura que en el mundo para la religiosa que es sumisa á sus superiores, fiel á su regla, constante en su ocupación; pero más difícil é insegura para la religiosa que vive en la relajación, el descontento y la murmuración habitual.

*
**

Creo que bajo las *cruces* de la vida de religión, cuando se llevan con calma, resignación y paciencia, se esconden consuelos perfectamente divinos que las hacen ligeras, que las hacen amar y que principalmente las convierten en gloriosas; pero que esas mismas *cruces*, cuando se llevan con impaciencia y desazón interna, van acompañadas de dolorosas amarguras que las convierten en abrumadoras, y sobre todo las privan de toda especie de merecimientos.

*
**

Creo que para la verdadera religiosa, *la casa que la alberga es un paraíso anticipado*; en ella encuentra el seguro cumplimiento de la voluntad de Dios—la compañía de Jesucristo; —la dicha inefable de una comunión casi cuoti-

diana y otra ventura que no existe en el cielo, y consiste en poder atestiguar de su amor á Dios por medio de algunos sufrimientos; disfrutar de un bienestar y de una paz que el lenguaje humano no puede expresar; pero que para la mala religiosa esa misma casa es un *infierno anticipado*....., que no puede convertir en *paraíso* sino por medio de sus lágrimas y de un sincero arrepentimiento.

*
**

Creo que la *obediencia* religiosa es una verdadera libertad ó una verdadera esclavitud, según que se observe para agradar á Dios ó solamente por miras humanas ó de pura necesidad.

*
**

Creo que una religiosa tibia, miedosa, imperfecta, tiene en gran peligro su salvación, y que una religiosa sumisa, aplicada, dulce, asegura cada vez más el gran negocio de la eternidad.

*
**

Creo que el *hastío* en las casas religiosas proviene casi siempre de la infidelidad para las prácticas menores, para las más sencillas observancias; de la facilidad para dejarse llevar de las ligeras murmuraciones y de las críticas menudas; creo que el remedio supremo de todos

los hastíos, de todas las penas y de casi todas las tentaciones es la sumisión perfecta, la caridad fraternal y el respeto á la autoridad.

*
*
*

Creo que una religiosa está llamada á una mayor *santidad* que el simple fiel, y que el pecado cometido por ella ofende mucho más á Dios que el mismo pecado cometido por otra alma cualquiera.

*
*
*

Creo que la fidelidad en los más ligeros puntos de vida religiosa es una fuente de grande santidad, y que el alma que vela cuidadosa para no cometer ninguna falta adquiere siempre una suma casi infinita de merecimientos.

*
*
*

Creo que una religiosa fiel será eternamente más ensalzada de gloria y ventura en el cielo que los demás elegidos; pero que una *religiosa réproba* será, también eternamente, más desdichada que los demás condenados.



APÉNDICE

I

CONSIDERACIONES SOBRE EL ESTADO SEGLAR Y ACERCA DEL ESTADO RELIGIOSO PARA AYUDAR Á UN ALMA EN LA ELECCIÓN QUE SE PROPONE REALIZAR.

(Extracto de la obra de Mons. Luquet *La vocación.*)

De rodillas ante el Santísimo Sacramento es como deben ser leídas estas páginas y preguntarse, siguiendo los consejos de san Ignacio:

1.^o Si una persona á la cual no hubiera visto jamás, pero en cuya perfección me sintiera interesado, se encuentra en mi situación y me pidiera consejo, ¿qué le diría yo para mayor gloria de Dios y la mayor perfección de su alma?

2.^o En el momento de la muerte, ¿de qué modo querría yo haberme conducido respecto á este particular?